

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

Propietario Director: D. Jesualdo Soler | Redacción, Administración e Imprenta: Bretau, 4 y 6 | Propietario Administrador: D. Juan Soler

amor divino. Por eso su contagio ilustra, calienta y vence.

Tuvo por trono el Corazón de Jesucristo, que amó como nadie en el mundo y más que mil mundos que hubieran podido amar. Y aquel amor fué luz en su Evangelio, fuego en sus Sacramentos, fuerza en su Cruz. Su Evangelio es una doctrina nueva e intangible, que ha iluminado las conciencias con resplandores inextinguibles, definiendo los derechos de Dios y marcando los deberes del hombre. Sus Sacramentos son fuego que calienta la escoria del pecado e inflama el alma en el incendio de la caridad. Su Cruz es fuerza que ha vencido todos los Imperios antiguos, y sobre las ruinas de la civilización pagana ha levantado la Cúpula del Vaticano, como pedestal de una Cruz que tiene marcado el himno de su poder que es el triunfo del Divino Crucificado: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo manda.»

Aquel amor tuvo su primer contagio en el Corazón de María, al recibir transformada en sangre redentora desde el Calvario la que primero le comunicara como elemento de vida humana en Nazaret. Y al contagiarse María del amor de su Hijo-Víctima, ha sido luz para iluminar la conciencia del pecador, fuego para inflamar el corazón del justo, fuerza para arrastrar al sacrificio del deber. Eso son sus Dolores. Iluminan con sus ejemplos, inflaman con su amor al padecerlos y seducen por el candor del alma inocente que los ha sufrido.

Ahora no preguntéis por qué Cartagena brilla con los esplendores de su fe en el solemnisimo Novenario de la Caridad; ni por qué arde en amor al enfermo y al desvalido; ni por qué vence imposibles para que vivan pujantes sus Instituciones Benéficas, tan múltiples, tan seculares como el Santo Hospital y tan de ayer como la Casa del Niño. Cartagena tiene dentro de sí, como su más preciado Relicario, a la Santísima Virgen de la Caridad, y como su amor a todos llega, todos de él nos contagiámos. Por eso Cartagena ama como ningún otro pueblo y llega a sacrificios que pasman cuando se trata de probar los quilates de su amor en el crisol de sus tradicionales capachos. Todo lo hace, todo lo puede, porque el amor es su fuerza y ésta es la única que siempre ha vencido en el mundo.

¡Qué sublime es el contagio del amor!

F. Cavero
Arcipreste

¡Bienaventurados los que lloran...!

Con la designación de los Dolores de María queremos significar toda aquella cadena de sufrimientos, que atormentaron atrozmente el alma de la Santísima Virgen, desde la profecía del anciano Simeón hasta sus angustiosas horas de Soledad, después del sepelio de su Hijo.

Apena grandemente ver la amargura de Adán y Eva, lanzados del paraíso terrenal por no haber vencido las astucias de la serpiente infernal, enroscada al famoso árbol; pero mayor es nuestro dolor al ver a la Virgen, afligidísima por un crecido número de pecadores, que, ciertamente, serán excluidos del cielo porque no sabrán aprovecharse de la Sangre tan generosamente vertida por Jesucristo, en el árbol santo de la Cruz.

Imponderable fué la congoja de Agar, despedida de casa y temiendo por el porvenir de su adorado hijo Ismael; pero mayor sin comparación aparece el sobresalto de María cuando, próxima a dar a luz, tuvo que abandonar la casita de Nazaret y di-

rigirse a Belén, donde vería nacer al Hijo de Dios sin alimento, sin albergue, experimentando los rigores de la cruda estación....

Pequeña resulta la tribulación del modelo de los creyentes Abraham, cuando, silencioso y consternado, se ve en la precisión de ofrecer al Señor el sacrificio del inocente Isaac; pero es indescribible el dolor que recibió la Virgen cuando oyó, de labios del profeta Simeón, lo que acontecería a su divino Hijo.

¿Qué son todos los trabajos de Job y la pena de perder repentinamente los bienes, los hijos, la salud y casi la vida, al lado de lo que padeció María cuando llegó a perder por tres días, y sin culpa, al que es la riqueza del mundo, el Hijo del Eterno Padre, la salud del humano linaje y el consuelo de todas las criaturas?

Sombra es la ansiedad que torturó el corazón de la inclita Macabea, siete veces mártir, al presenciar el martirio y degüello de sus siete hijos, si se paragona con lo que sufrió en el Golgota nuestra celestial Madre, porque Elia padeció por un Hijo que vale más que siete hijos, y más que siete mil, y más que todos los hijos existentes y posibles. Juntad, oh católicos, juntad los tormentos de todos los mártires, de todas las criaturas; sumad las penas y quebrantos de todo corazón que padece, de toda alma que llora, y no encontraréis comparación al lado de lo que soportó esa Madre dolorida.

Mortales, siendo el mundo destierro y valle de lágrimas, decidámonos a padecer mucho, a padecer siempre, a padecer en ocasiones, al decir de los místicos, como abandonados del cielo y de la tierra, pero sin desconfiar nunca, sin perturbarse, sin que fluctúe jamás el sosiego del alma. Cualesquiera que sean vuestros dolores, os lo suplico, sufridlos a imitación de la que es modelo de paciencia; no perdáis nunca el ánimo y la esperanza.

Y ¿sabéis qué ocurrirá como consecuencia de tan cristiana y admirable conducta?

Un día, no lo dudéis, la Inmaculada Maestra de los que sufren os acogerá en el umbral de la celestial Jerusalén; y, en el éxtasis de vuestra felicidad, repetirán radiantes de júbilo:

¡Bienaventurados los que lloran en la tierra, porque ellos serán consolados!

Gumersindo Valtierra
Misionero del C. de María

La Virgen de la Caridad

En la dulce expresión de la mirada que en sus divinos ojos se refleja, hay un raudal de amor, que suave deja sobre la faz del hijo ensangrentada.

Gota a gota se sargre inmaculada diera por darle vida, y más le aqueja ver que con el dolor, Dios le aso seja que no llora y se sienta consolada.

Si en paz aquel dolor de los dolores en ella no dejó fibra ni areria al morir el amor de sus amores

y la cruz los unió con tristes lazos, aunque inerte miraba la materia, al Dios que nunca muere, vó en sus brazos.

Cecilio Recalde.

Invocación a la Santísima Virgen de la Caridad

Nosotros, hijos de Eva, a Ti clamamos desde este destierro: Salve, Reina y Madre de Misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra. Salve Virgen Santísima, a quien recurrimos en todas nuestras tribulaciones.

Diríjete piadosa, Señora, una mirada de compasión a estos desgraciados hijos de Eva, que gimen en este suelo de lágrimas.

¡Cuán penoso es el tránsito de la vida!

De improviso se presenta una espina que punza, o un escollo que hace caer.

El calor fatiga extraordinariamente en el estío, y en el invierno son into-

lerables los rigores de la intemperie. Arrastramos en pos nuestro la pesada cadena de las miserias humanas, y la adversidad nos oprime con su enorme peso.

La enfermedad y la tribulación nos reciben en la cuna; son nuestras compañeras inseparables en el tránsito, y no nos abandonan hasta dejarnos en el sepulcro.

Tened compasión, Virgen Santa, de nosotros que gemimos desterrados en este proceloso mar de la existencia.

¿Cuando llegaremos a descubrir las torres de la Ciudad Santa? ¿Cuando llegaremos a las puertas de la celestial Jerusalén?

¡Oh María! vuelve a nosotros tus ojos, que eres Madre de Misericordia y guíanos al través de las densas tinieblas que cercan nuestros pasos. Haz lucir en el cielo un rayo de divina luz, para que nuestra vista fija en este faro, camine en busca de un venturoso porvenir. Estrella de la mañana aparece radiante entre las amontonadas nubes que nos amenazan, para que tus destellos consoladores nos dejen ver el rumbo que ha de conducirnos a la gloria.

Desventurados hijos de un padre culpable hemos heredado su pecado y sus flaquezas. Despojados de la túnica de gloria con que el Señor nos había vestido, estamos bajo la servidumbre fatal de un tirano que abusa de nuestro vencimiento. ¿Cómo podremos romper los grillos que nos sujetan si no alcanzamos tu poderosa protección?

Acude en nuestro socorro, Soberana de los cielos, tú que puedes más que un ejército formidable, y defiéndenos contra las potencias del infierno que se han levantado para sumirnos en la perdición. Tu nombre solo, Santísima Virgen de la Caridad, es suficiente para que tiemblen estos malévolos espíritus, y tu presencia hará que huyan y desaparezcan para siempre. Quebranta nuevamente la cabeza de esta serpiente infernal, y encadena en lo interior del desierto ese león furioso que acecha un momento favorable para devorarnos.

Oh Virgen Santísima, llena de bondad, sé nuestra abogada e intercede con tu divino Hijo en nuestro favor. No desoigas a los que te imploramos, y cuando la justicia de Dios esté pronta para herir al culpable, extiende tu brazo de misericordia, y cobijale bajo tu manto protector. Tú eres nuestro refugio y nuestra esperanza; limitada es la confianza que depositamos en tí, oh Madre de los pecadores; por cuya intercesión y solicitud hemos de alcanzar lo que pedimos.

Salve, Madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra; duélate nuestra aflicción y míranos con ojos compasivos. El arrepentimiento y la perseverancia reemplazarán los días que ha perdido nuestra flaqueza y esta espíación presentada por tu influjo ante el trono de tu divino Hijo, obtendrá el perdón que solicitamos para que después de este destierro nos muestres a tu Hijo Jesucristo en toda la gloria de su Majestad.

Francisco Javier Peñas

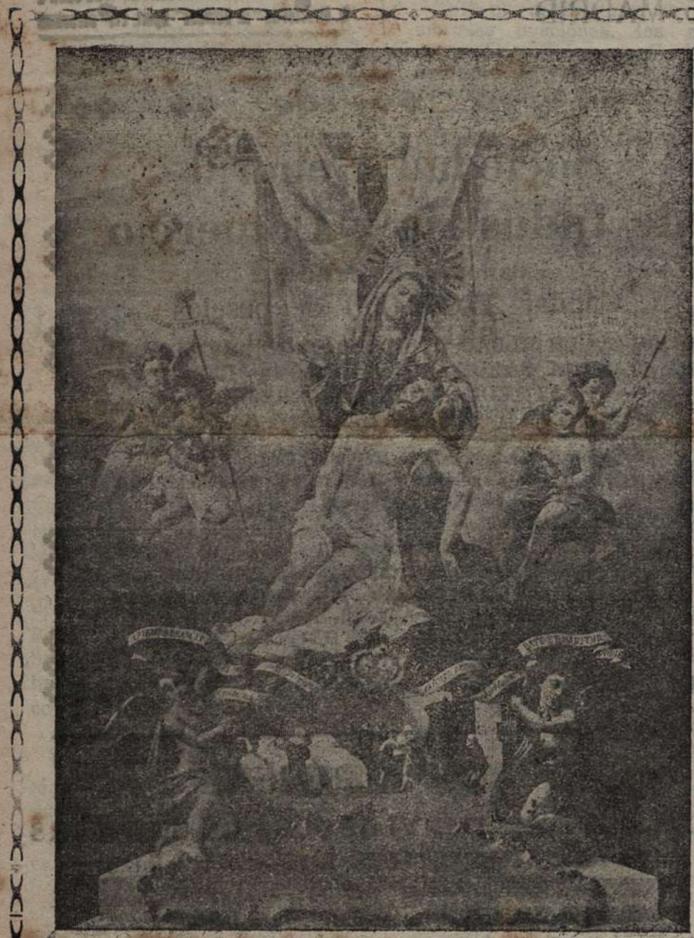
En la Caridad

Esta mañana y en la iglesia de la Caridad se han celebrado constantemente misas y han habido innumerables comuniones.

A las diez se ha celebrado la función principal a la que ha asistido el Ayuntamiento en Corporación con maceros y trompeteros y el Alcalde don Manuel Zamora y concejales don Miguel Pelayo y don Diego Frigard, con el Oficial Mayor don Tomás Carreño, haciendo la entrega tradicional de la onza de oro.

Esta tarde se ha celebrado la última novena solemne en la que terminó su labor el elocuente y profundo orador sagrado Ilustrísimo señor don Francisco Peiró y Peiró, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz.

Durante todo el día se ha visto el templo completamente lleno de gente que en oleadas humanas se disputaban el paso. Se puede decir que ha desfilaro ante la Virgen, Cartagena entera.



A Nuestra Virgen

Todos los años en un día determinado es costumbre tradicional en todos los pueblos rendir homenaje de amor y devoción a los santos que por sucesos extraordinarios o especial piedad han elegido por Patronos y especiales mediadores ante el trono de A tísimos en favor de sus invocadores.

A Cartagena le ha cabido la gloria de adoptar entre otros a la Reina del Cielo; bajo la consoladora advocación de «La Virgen de la Caridad», y su imagen, al pie de la Cruz con su divino Hijo sobre sus rodillas, es venerada en el suntuoso templo que el proverbial desprendimiento de sus queridos hijos, los cartageneros, le ha levantado, para público y constante testimonio de su gran amor y agradecimiento.

Los cartageneros somos tan amantes de nuestra Virgen de la Caridad que por Ella derramaríamos hasta la última gota de nuestra sangre; e locura, pero locura santa la que sentimos por esta nuestra benditísima Madre.

Y es que la Virgen de la Caridad es acreedora a tal cariño y si quisiéramos una prueba de ello pasar la vista por esa relación de favores y ofrendas que da y recibe, expresados en sentidas dedicatorias, que publica anualmente la «Junta del Santo Hospital de Caridad». Allí veréis desde el tierno niño hasta el decrepito anciano, desde el humilde obrero hasta el opulento hacendado, desde el pobre ignorante hasta el afortunado intelectual, todos, en

informe hacinamiento, rendir sus tiernas frases de filial amor y agradecimiento a los pies de la adorada Virgen.

Y es que Ella sabe acudir solícita a remediar los males y penas que afligen a sus hijos y por eso en esta época de turbulencias sociales, que tanto necesitamos y necesita España de las luces y protección de lo Alto, todos debemos acudir y acudimos suplicantes a la que es Reina de los Cielos, Madre de los Hombres, Virgen de la Caridad.

La Redacción

A la Virgen de los Dolores

¡Oh Virgen Dolorosa! que abrazada al pie del leño en el calvario erguido, de tu hijo celestial, del Verbo unido presenciaste la muerte despiadada.

Tú que en llanto amarguísimo bañada Madre aceptaste ser del desvalido, de un pobre pecador arrepentido escucha la plegaria acongojada.

Por tus siete agudísimos dolores, por la ternura que tu pecho encierra, por Jesús, el amor de tus amores.

llbrame de esta vida de desvelo, y al cerrarse mis ojos en la tierra haz que abríse consignen en el cielo.

Julio Hernández.

El contagio del amor

Alguien ha dicho que el amor contagia.

Yo no quiero hablar del amor humano, porque sus contagios son efímeros y sus víctimas muchas veces contaminadas de corrupción. Es fugaz, como el hombre que lo causa; pernicioso a veces, como la serpiente que envenenó sus primeros frutos en el Paraíso perdido.

Hay otro amor que es luz; que es fuego; que es fuerza. Luz que todo lo ilumina; fuego que todo lo derrite; fuerza que todo lo puede. Tal es el